

## TERCERA SERIE

### MEDITACIONES SOBRE LA VIDA Y MISTERIOS DE MARÍA SANTÍSIMA.

ADVERTENCIA. *Despertar y avivar en el corazón del cristiano que se dedique al ejercicio santo de la meditación, la devoción filial y amor tierno á la Virgen Inmaculada María; tal es el objeto de la serie de meditaciones que aquí comienza. Si se discurre un momento acerca de la excelencia, utilidad, necesidad y equidad de esta devoción, se deducirá fácilmente la importancia de esta serie tercera.*

*En cuarenta meditaciones está distribuida la vida de la Virgen Santísima, sus principales virtudes y los títulos más poderosos que la hacen acreedora á todos nuestros obsequios y estimación. No podemos menos de recomendar con toda eficacia á aquellos cristianos que aspiran á la perfección, á que escojan de esta serie la meditación de cada sábado, día especialmente consagrado á la Virgen, y la de las principales festividades de esta Señora diseminadas por todo el decurso del año. Sin duda, con esta piadosa práctica crecerá en ellos el amor á María, y se harán dignos de especial y notable recompensa.*

#### 1.<sup>a</sup> — ELECCIÓN Y PREDESTINACIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> María fué elegida para Madre de Dios, y predestinada para que fuese santa, pura é inmaculada.

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Representémonos á Dios mirando á la Virgen y diciendo: «Yo elegí y santifiqué este tabernáculo».

PRELUDIO 3.<sup>o</sup> Pidamos la gracia de saber agradecer esta elección de María é imitar su santidad y pureza.

**Punto 1.<sup>o</sup>** *Por qué quiso Dios tener Madre, al encarnarse.*—Considera cómo, habiendo determinado Dios de hacerse hombre, aunque hubiera podido tomar cuerpo de varón perfecto como el de Adán, no quiso sino nacer de mujer <sup>1</sup> y tener Madre como los demás hombres. Quería la divina Bondad, tan amiga de comunicarse á sus criaturas, honrar los dos sexos de la hu-

<sup>1</sup> Galat., IV, 4; S. Thom.

mana naturaleza, levantando un varón á la infinita dignidad de Hijo natural de Dios, y una mujer á la dignidad de Madre de Dios, que también en algún modo es infinita. Además, como nuestra redención comenzó por un hombre y una mujer, así quiso que nuestra redención tuviese principio de otro hombre y de otra mujer. La cual, siendo Madre del Redentor, fuese también Madre y abogada de los pecadores, á la cual acudiesen confiadamente los que, temerosos de su justicia, no osasen acudir á Él. Considera luego cómo la Santísima Trinidad, entre innumerables mujeres que vió en su eternidad, puso los ojos graciosamente en la Virgen, la escogió para ser Madre del Verbo encarnado y su cooperadora en la redención del mundo, Madre y abogada de los hombres, y á quien el mismo Dios en cuanto hombre se sujetase y obedeciese <sup>1</sup>. Esta elección, como dicen los santos Padres <sup>2</sup>, fué la raíz de las otras grandezas de esta Señora; y de ello tuvo siempre grande estima y agradecimiento, viendo que había sido de pura gracia y sin merecimientos suyos; porque como Dios la escogió para ser Madre suya, pudiera escoger á otras muchas mujeres, y hacer tales como á Ella. Pero tú has de gozarte de que le cupiese esta buena suerte, y darla el parabién de ella, diciéndola: ¡Oh Virgen Santísima! Gózome de que hayáis sido escogida para dignidad tan soberana como es ser Madre del mismo de quien sois hija. Y pues con esta dignidad os dan también ser Madre y abogada de los pecadores, mostraos ser Madre nuestra en favorecernos, y abogad por nosotros, para que seamos dignos hijos de quien Vos sois Madre.

**Punto 2.<sup>o</sup>** *Dios escogió á María para ser la criatura más perfecta.*—Luego has de considerar cómo Dios nuestro Señor, en su eternidad, escogiendo á esta Señora para ser Madre suya, juntamente la escogió para ser vaso excelentísimo de misericordia, en quien depositase todas las grandezas de gracia y gloria que convenían á Madre de tal Hijo; y por consiguiente las mayores que se concediesen á pura criatura. Por esto se dice de Ella que es *escogida como el sol* <sup>3</sup>, porque como el sol es único y singular en sus excelencias entre todas las estrellas, así la Virgen fué escogida para ser única y singularísima en los dones de gracia entre todas las puras criaturas, de modo que ninguna la igualase en ellas. De Ella puede decirse con eminencia sobre todos los santos, lo que dice el Apóstol <sup>4</sup>, que fueron «elegidos para que fuesen santos é inmaculados en su presencia por la caridad». Fué escogida para ser santa con todos los grados de santidad, y en todo género de gracias y virtudes que se habían de dar á las demás criaturas, y con mucha mayor excelencia que á ellas. Porque, como dice san Jerónimo, las gracias que están repartidas en los demás santos, todas juntas con gran plenitud se dieron

<sup>1</sup> Luc., II, 51.—<sup>2</sup> Vide Suárez.—<sup>3</sup> Cant., VI, 9.—<sup>4</sup> Ephes., I, 4.

á María, porque había de nacer de Ella el Autor de todas las gracias, Cristo Jesús, el cual, como santo de los santos, quiso santificar á la que había de ser su tabernáculo<sup>1</sup>, para que entre las puras criaturas fuese como santa de las santas, superior á todas en santidad. Fué también escogida para ser pura y sin mancilla, con todos los grados de pureza que se pueden hallar en pura criatura, sin que tuviese mancha de culpa ni rastro de ella, porque, como dice san Anselmo, convenía que la Virgen resplandeciese con tal pureza, que, después de Dios, no la hubiese mayor, por cuanto había de ser Madre del que es la misma pureza; el cual, como en cuanto Dios tiene Padre puro y limpio de todo pecado por su divina esencia, así, en cuanto hombre, quería tener Madre pura y limpia, con semejante pureza, por especial gracia, para que la Madre de la tierra se pareciese también al Padre del cielo. Gracias os doy, Redentor amabilísimo, por las admirables prerrogativas que habéis concedido á vuestra Madre, haciéndola más pura que á los mismos ángeles y muy superior á todos ellos en gracia y santidad. Y pues es voluntad vuestra que los hijos imiten las virtudes de sus padres, haced que yo imite la santidad y perfección de María y merezca participar de su gloria.

**Punto 3.º** *Escogió Dios á María para ser perfecta delante de Él.*—Lo tercero que debes considerar es que María fué escogida para ser santa y sin mácula, no como quiera, sino en la presencia de Dios; esto es, para que con santidad y pureza no fingida, sino verdadera, no exterior solamente, sino también interior, anduviese en la presencia de Dios; así en la presencia de su divinidad, mirándole y agradándole en todas sus obras, como fiel hija, como también en la presencia de Dios humanado, regalándole y sirviéndole como madre, amándole por ambos títulos con encendidísima caridad, y allegando con tales servicios innumerables y muy esclarecidos merecimientos, por los cuales le comunicase después su amorosa presencia y clara vista con mayor excelencia de gloria que á todos los demás escogidos. Todo lo cual procedió de la infinita caridad con que la santísima Trinidad la amó sobre todos, y la predestinó para tanta gloria. El Padre, porque había de ser Madre de su propio Hijo. El Hijo, porque había de ser su propia Madre. Y el Espíritu Santo, porque había de obrar en Ella la concepción de este Hijo, Dios y hombre verdadero. Este es el fin de la elección y predestinación de la Virgen, por la cual has de alabar á la Santísima Trinidad, y gozarte de la gloria que de aquí resulta á la que tienes por Madre. Y pues Dios nuestro Señor también te ha llamado para ser santo y sin mancilla en su presencia, has de tomar á la Virgen por dechado de todo esto, para imitarla en las tres cosas

<sup>1</sup> Psalm. xlv, 5.

que se han dicho, y por abogada para que te las alcance de su Hijo, procurando de tu parte hacer cierta tu vocación y elección con buenas obras. ¡Oh Virgen soberana! Gózome de que seáis escogida como el sol, en quien no hubiese obscuridad de culpa, sino grande resplandor de gracia, y después esclarecida lumbre de gloria, excediendo á los demás santos como el sol á las estrellas. Haced conmigo oficio de sol, alumbrando mis tinieblas, para que sea puro y resplandeciente como estrella del firmamento, luciendo en perpetuas eternidades. ¡Oh Dios eterno, por cuya caridad sin nuestros merecimientos fuimos escogidos para ser limpios y santos en vuestra presencia! Gracias os doy por haber escogido á esta Virgen con elección tan soberana, y por ella os suplico limpiéis mi alma de sus culpas y la adornéis con vuestras virtudes para que viva siempre en vuestra presencia y alcance la vida eterna.

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán gloriosa es para María la elección que de Ella hizo Dios para que fuese Madre de su Hijo! Habiendo dispuesto nacer de mujer con el fin de honrar á los dos sexos de la naturaleza humana y para que entrambos concudiesen á su reparación como habían concurrido á su perdición, entre todas las hijas de Adán fué escogida María, nuestra santísima Madre, para tal dignidad. ¡Qué honor! ¡Qué gloria! El efecto inmediato de tal elección fué hacerla más pura que los ángeles, más resplandeciente que el sol, más hermosa que todas las otras criaturas, adornándola de aquellos carismas y dones que pueden engrandecer á una pura criatura. Desde aquel momento María está presente á Dios nuestro Señor, el cual, movido de su caridad infinita, va trazando en su alma benditísima todas las perfecciones que distribuye entre los demás seres. Y luego que aparece en el mundo, Ella tampoco pierde de vista ni un solo instante á su amado, sirviéndole con caridad encendida, regalándole con maternal ternura, permaneciendo en su presencia con amor inefable. ¡Oh! ¡Que enseñanzas tan provechosas y prácticas nos da esta elección de María! Dios la escoge por Madre, y nosotros ¿no la honraremos, amaremos y obedeceremos como á tal? Así como escogió á María para que fuese pura, santa é inmaculada en su presencia, también hemos sido escogidos nosotros. ¿Buscamos esta pureza, santidad, fidelidad á sus mandatos, asiduidad en su presencia? Pensémoslo, resolvamos la enmienda con los propósitos oportunos. Pidamos por las demás necesidades.

2.<sup>a</sup>—INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> María en su concepción fué limpia de pecado, libre de la rebeldía de la carne, confirmada en gracia y llena de virtudes.

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Representate al Señor contemplando á María y diciéndola: «Eres toda hermosa».

PRELUDIO 3.<sup>o</sup> Pide la gracia de conocer la excelencia de los privilegios concedidos á María, y de imitarla cuanto te sea posible en lo relativo á ellos.

**Punto 1.<sup>o</sup>** *María en su Concepción fué limpia de pecado.*

—Considera cómo, entre los muchos privilegios que Dios nuestro Señor concedió á la que había de ser su Madre en el instante de ser concebida, el primero fué preservarla de la culpa original en que había de caer por ser hija de Adán, santificando su alma en el primer instante de su creación, cuando la juntó con el cuerpo. De modo que, como Dios en un mismo instante dió al sol el ser y la luz, y á los ángeles y á los primeros padres Adán y Eva dió juntamente la naturaleza y la gracia, así en un mismo instante crió y santificó el alma de la Virgen, y la hizo escogida como el sol, sin que la tocasen las tinieblas del pecado. Pondera cómo, viniendo Cristo nuestro Señor al mundo para redimir á los hombres y librarlos de toda culpa, especialmente de la original, y pudiendo hacer esto de dos maneras, ó sacándolos de la culpa después de haber caído en ella, ó preservándolos de caer, quiso usar de este segundo modo con la que había de ser su Madre, ya por ser el más excelente y por resplandecer en él más la omnipotencia y misericordia del Redentor, ya para honrar á aquella Señora, preservándola de la infamia y miseria de la culpa, y hermoseándola con su gracia, de modo que la Madre fuese semejante al Hijo en la pureza, siendo los dos concebidos sin pecado, Él por derecho, y Ella por privilegio; Él como Redentor del mundo, y Ella como ayudadora en la obra de la redención. ¡Oh Hijo de Dios vivo, que os hicisteis hombre, naciendo de la Virgen, por hacer una Iglesia gloriosa, sin mancha ni ruga, ni otra imperfección! Gracias os doy por haber querido que vuestra Madre, por especial gracia, gozase desde su Concepción la limpieza de culpa que los demás escogidos alcanzan en la gloria. ¡Oh Madre gloriosísima! Gózome de la pureza con que entráis en el mundo, resplandeciendo con la luz de la gracia, como entró vuestro Hijo, el Sol de justicia. Y pues tal favor os concedió mi Redentor, para que le ayudéis en su oficio, suplicadle me aplique su redención con excelencia, perdonándome las culpas

<sup>1</sup> Ephes., v, 27.

cometidas, y preservándome de las que puedo cometer, con tan grande horror al pecado, que ni por un instante quiera estar en ellas. Mira, ¡oh cristiano!, si abrigas tales sentimientos.

**Punto 2.<sup>o</sup>** *María en su Concepción fué libre de la concupiscencia y confirmada en gracia.*—Considera aquí el segundo privilegio de María en su Concepción, que fué quitarla el *fomes peccati*, la raíz, semilla y cebo del pecado, que es la rebeldía de la carne contra el espíritu, y de la sensualidad contra la razón, para que la casa de su alma, con todos sus moradores, que son las potencias, tuviese perpetua paz y concordia, porque había de ser morada del Príncipe de la paz, cuya habitación, como dice David <sup>1</sup>, es en la misma paz. De suerte, que esta Señora nunca sintió la guerra interior que todos sentimos y gemimos, porque su carne no codiciaba contra el espíritu, ni el espíritu hallaba dificultad en gobernar la carne <sup>2</sup>: la ley de los apetitos no contradecía la ley de la razón, ni la razón tenía trabajo en domar las pasiones de los apetitos; antes con sumo gusto se unían y concordaban en sujetarse á la ley <sup>3</sup> eterna de su Dios. ¡Era el templo de Salomón, que se estaba edificando sin estrépito ni ruido! ¡Qué gloria para María! Pero no fué menos glorioso el tercer privilegio, por el cual quedó confirmada en gracia con un modo singularísimo, de tal suerte, que por todo el tiempo de su vida nunca pecase actualmente ni por obra, ni por palabra, ni por pensamiento alguno, asistiendo nuestro Señor con particular providencia con Ella en todas sus obras, para que todas fuesen obras gloriosas y puras con los tres grados que hay de pureza, esto es, sin mancha de pecado mortal, sin ruga de pecado venial, y sin imperfección alguna, dejando, no solamente lo malo, sino lo imperfecto y menos bueno, escogiendo siempre lo que tenía por mejor, y estampando en cada obra la gloriosa pureza que tiene la Iglesia triunfante. ¡Oh Dios eterno <sup>4</sup>, que santificasteis el tabernáculo de vuestra Madre de tal manera, que la librateis de las luchas intestinas que todos sentimos, y asististeis sin mudanza en medio de ella, madrugando cada día muy de mañana para ayudarle en todas las obras que hacía. Santificad también mi alma; concededla fortaleza para resistir á los apetitos desordenados; asistid con ella, previniéndome con vuestra gracia para que mis obras sean puras, sin mancha ni ruga ni cosa que os desagrade. ¿Qué nos conviene hacer y proponer para eso?

**Punto 3.<sup>o</sup>** *María en su Concepción fué llena de gracia y de virtudes.*—Considera últimamente el cuarto privilegio de María en su Concepción, que fué llenarla en aquel instante de gracia y caridad y de las otras virtudes y dones del Espíritu Santo, con tanta abundancia y plenitud, que excedía á los ángeles y serafines del cielo, para que fuese digna Madre de Dios y digna reina de

<sup>1</sup> Psalm. lxxv, 3. — <sup>2</sup> Galat., v, 17. — <sup>3</sup> Rom., vii, 22. — <sup>4</sup> Psalm. xlv, 5.

las jerarquías angélicas, haciéndola tanto mejor <sup>1</sup> y más santa que ellos, cuanto era mejor el nombre que pensaba darla de Madre, que el que ellos tenían de siervos y ministros de su casa: de suerte que la Virgen comenzó su carrera por donde los ángeles acabaron la suya; y estando en la tierra, tenía más grados de santidad que los que vivían en el cielo, sacando lo que es propio de aquel estado; cumpliéndose en Ella lo que dice David <sup>2</sup> de la ciudad de Dios, que sus fundamentos son sobre los montes altos, porque los principios de su vida fueron más empinados en santidad que la cumbre donde llegaron los grandes santos de la Iglesia. ¡Oh, qué contento recibiría la Santísima Trinidad mirando la excelencia de esta Niña! El Padre Eterno se holgaría de tener tal Hija. El Hijo de Dios se alegraría viendo tan bella y agraciada á la que había de ser su Madre. El Espíritu Santo se regocijaría en tener tal Esposa, y todos tres entraron en Ella por gracia, y moraban en Ella con sumo gozo. ¡Oh ángeles del cielo que adorasteis después al Hijo de Dios cuando entró en el mundo! Venid á reverenciar en este punto á la que ha de ser su Madre y vuestra Reina ¡Oh Reina de los ángeles! Desde ahora os saludo en el seno de vuestra madre con las palabras que después os dirá el ángel san Gabriel: Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres, porque en el primer instante de tu Concepción hallaste gracia delante de Dios sobre todas ellas. Pedidle, Señora, que limpie mi espíritu, enfrene mi carne, modere mis pasiones, y me llene de su gracia, para que comience á servirle con gran fervor y perseverancia hasta que alcance la corona. Piensa cómo has de lograr tales bienes.

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán excelentes y preciosos fueron los privilegios concedidos á la Virgen santísima en el primer instante de su inmaculada Concepción! Preservada de la culpa original en que incurren todos los hijos de Adán pecador; libre del fomes del pecado, sin sentir en sí misma la guerra y lucha intestina que hace gemir á todos los mortales; confirmada en gracia, de tal modo que jamás consintiera en la menor y más insignificante falta deliberada ni indeliberada; llena de gracias y virtudes sobre todos los ángeles y santos: tales fueron los ricos dones que recibió María en el primer momento de su ser. ¡Qué gloria para nuestra dulcísima Madre! ¡Qué honor, para nosotros tener una Madre tan honrada y glorificada por el mismo Dios! ¡Qué contento tendría la misma Trinidad al contemplar esta obra de sus manos, cuya perfección tanto superaba á todas las demás que había creado! ¡Qué alegría para los ángeles, viendo que el imperio del demonio comenzaba ya á derrumbarse en el mundo y se echaban ya los gloriosos y sólidos fundamentos de la ciudad de Dios! ¡Qué rabia para el enemigo capital, al sentir que una

<sup>1</sup> Hebr., 1, 4. — <sup>2</sup> Psalm. LXXXV, 2.

humilde doncellita, aun antes de nacer, le aplastaba valerosa su altiva y orgullosa cabeza! Y tú, ¿qué sientes? ¿Qué afectos despierta en tu alma la Concepción inmaculada de María? Tu Madre limpia de toda mancha, ¿y tú, no te apartarás de la culpa? Ella confirmada en gracia, ¿y tú arrojarás voluntariamente de ti la que el Señor te ha concedido? Ella, llena de virtudes, ¿y tú no trabajarás para obtenerlas? Confúndete, resuelve, pide gracia para que sean eficaces tus resoluciones y por las demás necesidades.

### 3.<sup>a</sup>—NACIMIENTO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> En el nacimiento de María tenemos poderosos motivos que despiertan nuestro gozo, excitan la confianza y aseguran la salvación.

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Representémonos á María recién nacida, contemplándola alborozados los ángeles, y mirándola el mismo Dios.

PRELUDIO 3.<sup>o</sup> Pidamos al Señor el ser agradecidos al favor que nos ha dispensado en el nacimiento de María.

**Punto 1.<sup>o</sup>** *El nacimiento de María fué motivo de gozo universal.*—Considera cómo, cumplidos nueve meses después de la Concepción de la Virgen, nació en la casa de sus padres, para gozo de todo el mundo, como dice la Iglesia. Pondera ante todo el gozo de la Santísima Trinidad, viendo nacida esta Niña tan querida suya, por la cual pensaba obrar cosas tan gloriosas: el Padre se gozó al ver tan hermosa y agraciada á esta su Hija predilecta; el Hijo se gozó viendo en el mundo á aquella de quien había de recibir la humanidad y á quien había de tener por Madre; y el Espíritu Santo se alegró también al ver nacida á aquella su tierna Esposa, en la cual había de obrar tales misterios. Mira en especial el alborozo santo de los ángeles con que se apresuraron á reverenciar á la que reconocían por su Reina. Pero, ¿quién podrá comprender el gozo santo que inundaría á los padres de esta Niña, habiéndola deseado por tantos años tan intensamente, y habiéndola pedido á Dios con tal fervor? ¿Quién puede dudar que el Señor comunicaría también en este día especial gozo á los justos de la tierra y á los padres del limbo, como pronóstico del que recibirían con la venida de Dios al mundo, cuya madre había de ser aquella Niña? Si la aurora cuando nace, causa cierto modo de gozo y alivio en los vivientes, como señal del nacimiento del sol; y si muchos se gozaron en la natividad de san Juan Bautista <sup>1</sup>, porque era lucero y precursor de Cristo, muchos más, sin comparación, se holgarían con el nacimiento de la Virgen que había de ser su Madre, y la que nos había de traer el divino Sol de justicia. Con esta consideración debes moverte á

<sup>1</sup> Luc., 1, 14.